

SEVILLA DE MENTIRA Y SEVILLA DE VERDAD

Que se haya creado la Sevilla de, "pandereta" a base de circunstancias indígenas o internacionales es un fenómeno literario explicable: interesaba en aquel momento de Europa, por culpa del romanticismo, no ver más que determinados aspectos de las ciudades, no ver más que algunos sectores de la caracterología popular. Y Sevilla dió entonces—recordamos en este momento la deliciosa colección de grabados de don José Domínguez Bécquer—"El bandido", "El campesino", "Curra la graciosa", "El torero", "El contrabandista", "El mendigo", "La hermosa Raíela", etc. Pero que ahora, en nuestros días, se esté creando una Sevilla fácil y relumbrona, a base de azulejitos, retablos, pantomimas y farolería de oropel, es pecado mayor del peor gusto, es falta imperdonable. ¡Olvidemos ya, en beneficio de poetas de ocasión, recién casados en viaje de luna de miel, propietarios del quiero y no

Por Joaquín Romero Murube.

puedo, y arquitectos relamidos, inductos o desaprensivos, tanta plaza de Doña Elvira, tanto callejón del Agua, tanta barreduela bellísima y almibarada! Sevilla es algo más que una decoración, algo más que un muro con flores. Todo eso que nos sorprende y encanta con su naturalidad graciosa responde a unos motivos psicológicos, finos y profundos, que son los que hay que descubrir y buscar artísticamente: el alma, la razón de ser de Sevilla y los sevillanos.

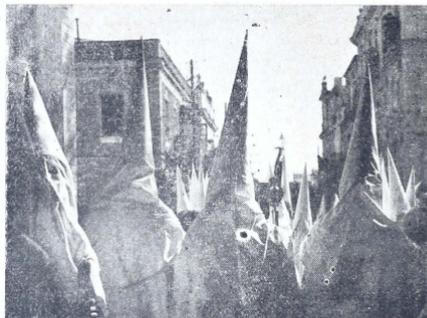
Porque esta falta de preocupación esencial por la cosa sevillana se manifiesta ya palpablemente en el cultivo que merece la ciudad para los escritores del día: observemos como las generaciones actuales literarias no deducen de la interpretación de Sevilla los géneros máximos de humanidad y profundidad artística, como son el

teatro y la novela. Y no es que falten antecedentes gloriosos e inmediatos: los hubo siempre y casi hemos convivido con un don Luis Montoto, con un Muñoz y Pabón, con los hermanos Alvarez Quintero . . . , por no citar valoraciones anteriores ya consagradas universalmente. Aquí ahora no hay más que poetas . . . Poetas si admitimos en la elasticidad de este altísimo concepto la reseña machacona y aconsonantada de una serie de gracias y fenómenos que no hay que crearlos—calidad esencial para la poesía—, porque los da Sevilla, y ahí están por sus calles, plazas y rincones. Y es así como, literariamente, también estamos en la época del azulejito y el relumbrón.

Conocimos, hace ya bastantes años, a un sabio profesor alemán, da la Universidad de Munich, que llegaba a Sevilla para completar un trabajo científico, difícil y erudito: "Valoraciones mercantiles y económicas durante la Edad Me-



La procesión del Viernes Santo, en Madrid, a su paso por la Puerta del Sol, abarrotada de público.



A diferencia de los "Nazarenos" de Manila, que asisten a las procesiones de Lunes y Viernes Santo, de Quiapo, los de Sevilla aparecen bien cubiertos y con capuchones puntiagudos, como puede verse en esta fotografía.

dia." Instalado en nuestra ciudad, consultó archivos y bibliotecas, publicaciones y legajos, acrecentando, pausada y meticulosamente, el acervo difícil de sus fichas y apuntes. Por las tardes, en las horas de descanso y distracción, este hombre solitario y curioso paseaba por la ciudad. Primero, los monumentos y jardines; luego las calles y alrededores pintorescos; por último, los barrios populares y humildes. Todo lo veía y observaba minuciosamente. Y cuando no le restó nada nuevo que ver, reincidió solamente en su visita a los barrios populares. Se le solía encontrar en los sitios más inadecuados y lejos de sus trabajos y aficiones: Atameda de Hércules, Pumarejo, calle de la Feria, San Julián... Y como alguien, picado de curiosidad, le hiciera resaltar su desmedida afición por aquellos sitios, el amable profesor lo explicó diciendo que después de haber recorrido toda Europa y muchos

lugares del mundo había encontrado en el elemento popular de Sevilla unas características vitales—convivencia social, sentido filosófico de la vida—totalmente distintas de las que había visto en sus largas correrías por otras partes. Y mostrábase perplejo y seducido por ello, como ante un enigma maravilloso.

Terminó su labor en los archivos hispaneses y aquel amigo abandonó Sevilla y nuestra Patria. Pasaron algunos años. Vino la guerra española. Ya se había hundido en el trasfondo de nuestros recuerdos la silueta grave y concentrada de aquel teutón dedicado a tan difíciles y científicas tareas. Mas cuál no sería nuestra sorpresa cuando una tarde, una de esas tardes sevillanas en que los buenos amantes de la ciudad rodamos de una calle a otra, de un barrico a otro, sin meta ni destino fijo, como buscando una caricia presentida e inconcreta, allá por los paredones de San Blas, ante la plazuela del Lucero, nos encontramos de buenas a primeras, con el antiguo y ya olvidado profesor de Munich. Y ante nuestro asombro y naturales parlamentos inherentes a la sorpresa, nos dijo:

—He estado en la China varios años... Créame, amigo mío, no he encontrado una ciudad de características vitales más difíciles y sorprendentes que las de Sevilla. La rapidez de concepto, las valoraciones morales, los fundamentos sobre que se asienta la psicología de otros pueblos—trabajo, economía, familia, disciplina social, muerte, amor sacrificio...—los maneja el sevillano de una manera tan distinta al resto del mundo, que uno no puede por menos de pararse aquí, para tratar de inquirir lo que logre alcanzar de este plasma social singularísimo. ¿Se debe esto a que Sevilla es ciudad viejísima, milenaria y atesora un plus de experiencia ciega, instintiva, que se traduce en esas manifestaciones sabias, anómalas, desconcertantes?

No sé. Pero esto, para un curioso observador de los fenómenos sociales y psicológicos, es un campo riquísimo, maravilloso.

Por las esquinas, grupos de obreros jóvenes, bullangueros, hablando entre sí; pero era difícilísimo coger el sentido de sus bromas o conversaciones, porque todos los conceptos respondían a unos valores convenidos, metafóricos, que excluían la inteligencia de los no iniciados.

En la parada del tranvía, el conductor de uno de los coches, para anunciar que el vehículo iba a partir, gritó medio cantando y bailando un danzón, dirigiéndose a un grupo de muchachas paradas en la acera:

—¡Que se va el vapor! ¡Que se va el vapor!

Pasó el coche de un médico. Pasaron unas hermanitas de los pobres como envueltas por un fanal de silencio y respeto. Pasó un prestamista. Pasó un torerillo. Pasó un académico. Pasó un sacristán. Pasó otro médico...

En la parada de "taxis", alguien, afanosamente, tocaba la señal acústica del vehículo para que acudiese a servir el mecánico, alejado a la sazón de aquel lugar. Repitió la llamada muchas veces. De una de las casas vecinas bajó entonces una mujer y, espontáneamente, dió la explicación siguiente:

—El chófer está en la taberna de la esquina y aunque oye la llamada tardará en volver, porque a esta hora llega su compadre, Juanillo el de la Venera, y se ponen a hablar de pájaros. Es muy aficionado a los canarios...

¡Plazuela del Lucero, calle Arraván, Pelicano, Alameda, Torrejón!... Sí, hay una Sevilla de "pandereta" hay una Sevilla de azulejos, tevística y relumbrana. ¡Sevilla de mentira! Pero hay otra de sangre, miserias, pasiones y misterios que es la que está esperando, intacta, que un día llegue el artista, el escritor que sepa descubrir su belleza peregrina, su lindísima sabiduría...

¡Ahora!
INTERCOMUNICACIÓN
inmediata y a bajo costo para
el negocio o el hogar



Conversación mutua entre dos o más puntos con la nueva intercomunicación electrónica

AMPLICALL

¡Deje ya de malear tiempo y energía en casa o el negocio! El nuevo AMPLICALL electrónico le ofrece mutua comunicación oral inmediata entre dos o más puntos (de la oficina al despacho de ventas, de la cocina al cuarto de los niños, etc.) Haga que las cosas se realicen pronto, economice sus pasos, con el AMPLICALL—el Sistema de Comunicación de hermoso estilo, bajo costo y seguro.

Pida hoy por menores a

ANSELMO HILARIO SANTOS & CO.

Administradores de

ALLIED RADIO SHOP

330 Bonquillo, Manila